

# MEDITACIONES POLÍTICAS

ALFONSO FRANCISCO RAMIREZ

## EL POLITICO

La política, siendo en esencia el arte de gobernar, es inseparable de cualquier régimen; la encontramos en la quietud de los despotismos orientales y en el tumulto de las modernas democracias. Consiguientemente, el político aparece en todos los pueblos y en todos los tiempos.

Ya el venerable Aristóteles decía que el hombre es "un animal político", en el sentido de que nace con irresistible tendencia a vivir en sociedad, a organizarse en ciudades (polis), para cuya existencia es indispensable alguna clase de gobierno.

Las ideas corrientes acerca de la política y los políticos, son profundamente erradas. Se cree que son algo abominable que debe desaparecer, sin comprender su necesidad imprescindible.

La psicología del político es muy compleja. Resulta sugestivo en alto grado desentrañarla, aunque sea en sus aspectos más salientes. Espumando en lo que filósofos, moralistas y parlamentarios han escrito a este respecto, recordaré algunos conceptos que seguramente nos harán meditar.

En 1687 publicaba Juan de la Bruyère su libro inmortal. Sin dibujar una epopeya completa, nos dejó en sus admirables ensayos sobre "La Corte", "Los Grandes", "El Soberano" y "La República", rasgos magistrales de la figura del político. Saboread estas frases: "El hombre que es cortesano, es dueño de su gesto, de su cara y de sus ojos; es profundo hasta ser impenetrable; disimula sus pasiones y sus pensamientos; es amable con sus enemigos, disfraza las intenciones, desmiente su corazón, habla y obra sus sentimientos". "Cuantos hombres que os agasajan en particular, quiero decir a solas, se sienten contrariados si les habláis en público". "Algunos hombres caen de sus altas posesiones, por los mismos defectos que les habían servido para escalarlas". "A nadie le gusta que se le descubran sus pretensiones: todos quieren que no sospeche nadie la dignidad o el puesto que codician. Y es porque se cree que será una vergüenza la negativa posible, como se piensa que hay más gloria en obtener lo que parece que no se ha solicitado". "Dar de mala manera es una rusticidad; el dar es lo más penoso, ¿qué cuesta agregar una sonrisa?" "Hacen falta y suele haber bribones al lado de los grandes y de los ministros, aunque sean los mejores intencionados; pero servirse de ellos es cosa delicada, siendo necesario saber cómo, cuándo y en qué se les ocupa". "Malo es mezclarse en asuntos sospechosos; pero es todavía peor ser cómplice de un grande; él sale del paso fácilmente, y os deja en el compromiso para que paguéis los dos". "Observemos de cerca a un favorito: Si me hace esperar en su antesala menos que de costumbre, si tiene el semblante más abierto, si no frunce tanto el ceño, si me oye atentamente y me despide con amabilidad pensaré que estoy viendo cerca su

caída y estaré en lo cierto". "El hombre que ha vivido algún tiempo en la intriga no puede ya prescindir de ella; cualquier otra vida le parecerá lánguida". "Un hombre de mérito debe reirse mucho, cuando el mismo lugar que a él se le niega en una asamblea, se le concede a un hombre que no tiene ojos para ver, ni oídos para oír, ni entendimiento para entender y juzgar, siendo recomendable nada más que por la librea que usa".

El maravilloso autor de **Los Pueblos**, un tiempo diputado a Cortes, ha escrito algunas páginas finas, penetrantes y ágiles sobre lo que debe ser el político. Recomendándole adquirir fortaleza corporal mediante un higiénico método de vida, para que le sea posible atender sus abundantes y variadas ocupaciones; sencillez y naturalidad en el vestir; no prodigarse ni en la calle, ni en los paseos, ni en los espectáculos públicos; ser cauto, reservado, pues "Achaque es de hombres vulgares descubrir a todos su pensamiento"; no tener impaciencia y esperar serenamente que llegue su hora; meditar en el valor de las censuras y de las alabanzas "no concediendo a las censuras y a las alabanzas más valor del que tienen"; "Conocer la gente que lo rodea"; pero "sin que dé a entender a nadie, ni menos a los interesados, que conoce sus malos pasos". En prosa diáfana y flúida nos habla de la impasibilidad que es menester ante el ataque. El político no debe perder nunca la sangre fría. En el Parlamento, en las reuniones públicas, muchas veces se verá blanco de la invectiva, de la cólera o de la insidia; él permanecerá en todo momento sin dar la más leve señal de irritación, de impaciencia, de enojo". Poco después nos dice: "El político ha de ser fuerte y hábil". "Es necesario ser vulpeja para conocer los lazos, y león para espantar los lobos". Y concluye el soberano estilista aconsejando, a quien quiera ejercer la peligrosa profesión de político, ser innovador dentro del orden; leer, seleccionando cuidadosamente sus lecturas, e inclinándose a que éstas sean memorias, biografías, confesiones y casos verídicos; aprender a escuchar con maña; preocuparse de los valores nuevos, de los hombres del mañana; mostrar siempre la faz serena que "debe ocultar nuestros desfallecimientos, nuestras decepciones, nuestras amarguras", no dudar nunca de sí.

El ilustre académico francés L. Barthou, ex Presidente del Consejo de Ministros, ha sabido captar matices verdaderamente preciosos. He aquí algunos: "No hay vocación más fuerte que la del político. El que ha sentido su primera mordedura no resiste ya. Está dominado para siempre". "La política es una batalla en la cual no se puede recoger los beneficios sin correr riesgos". "Todo hombre es fallible. Lo que hace falta es ser sincero, no mentir a los demás y no mentirse a sí mismo". "La tribuna debe ser a la vez la prueba de la conciencia y el talento". "Hay que ser leal. En política, como en todo, la suprema habilidad es ser honrado". "Aquel

que no está combatido se abandona y no se fiscaliza a sí mismo". "No hay en el Parlamento amargura mayor que provocar la risa del auditorio". "La tribuna es para la palabra la más temible prueba, y el aprendizaje, aun para los maestros, no acaba nunca". "No pensar más que en sí mismo y en el presente, es una fuente de error en política". "Para un hombre, sea quien quiera, una gran elevación es una crisis que cura los males que tiene y le da los que no tiene... Jacobinos ministros no serían ministros jacobinos". "Mal elogio de un hombre es decir: "Su opinión política no ha variado desde hace cuarenta años". Esto vale tanto como decir que para él, no ha habido ni la experiencia de cada día, ni la reflexión, ni repliegue del pensamiento sobre los hechos. Es alabar el agua por estar estancada, un árbol por estar muerto; es preferir la ostra al águila".

José Ortega y Gasset, en su excelente ensayo sobre Mirabeau, proclama que "política es tener una idea clara

de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación", concluyendo que el político ideal es muy fácil de imaginar y definir pero que en cambio, "lo que constituye al gran político no podríamos jamás extraerlo de nuestra minerva, sino que necesitamos humildemente esperar a que la Naturaleza tenga a bien inventarlo ella, magníficamente, y se resuelva a parir un titán como Mirabeau". En seguida asienta estas frases certeras, que espigo al azar: "Un hombre escrupuloso no puede ser un hombre de acción". "Existe lo que yo llamo un cutis de grande hombre, una piel de paquidermo humano, dura y sin poros, que impide la transmisión al interior de heridas desconcertantes. También habría incongruencias en exigir al político una epidermis de princesa de Westfalia". "No se pretenda excluir del político la teoría; la visión puramente intelectual. A la acción, tiene en él que preceder una prodigiosa contemplación: sólo así será una fuerza dirigida y no un estúpido torrente que bate dañino los fondos del valle".

## JEFES

En un estudio sobre las multitudes, consigna Le Bon este juicio rotundo y certero: "El advenimiento de las clases populares a la vida pública, es decir, su transformación progresiva en clases directorias, es una de las características más salientes de nuestra época". Asistimos hoy al imperio de las masas. Sin embargo, no debemos sugestionarnos con la exterioridad de los hechos, sino perforar su brillante corteza, para conocer sus íntimas esencias. La muchedumbre amorfa, sin guías que la orienten, sin espíritus sagaces que condensen e iluminen sus aspiraciones dispersas, sin conductores que la inciten a obrar, es una fuerza inerte o destructiva: río que precipita en las torrenceras su inútil energía, o lago que despliega sus ondas dormidas en la placidez de la hondonada. El número adquiere potencialidad efectiva, sólo cuando una inteligencia superior preside sus desenvolvimiento.

Uno de los filósofos de vanguardia que con mayor finura capta los hábitos del porvenir, José Ortega y Gasset, escribe en una página insuperable: "Una Nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos. Cualquiera que sea nuestro credo político, nos es forzoso reconocer esta verdad, que se refiere a un estrato de la realidad histórica mucho más profunda que aquel donde se agitan los problemas políticos. La forma jurídica que adopte una sociedad nacional podrá ser todo lo democrática y aun comunista que quepa imaginar; no obstante, su constitución viva, transjurídica consistirá siempre en la acción dinámica de una minoría sobre la masa. Cuando en una nación la masa se niega a ser masa —esto es, a seguir a la minoría directa— la acción se deshace, la sociedad se desmembra, y sobreviene el caos social, la invertibración histórica".

Que se nos excuse lo prolijo de la cita en gracia a la autoridad indisputable del ensayista hispano, conceptualizado como uno de los pensadores más avanzados, profundos y lúcidos de la modernidad. Evidenciada, pues, la necesidad inaplazable de líderes o jefes, como se dice en buen castellano no obstante que J. Mier y Noguera

pretenda que nuestro romance desconocía el vocablo antes del primer tercio del siglo XVIII, realcemos sus características con la diaphanidad y precisión posibles. Es importante hacerlo, porque en todos los órdenes de actividad; en el comercio, en el ejército, en las universidades, en la política, en la familia, en el periodismo, en las fábricas, en el Parlamento, en los campos se necesitan y reclaman jefes.

"Los jefes —ha dicho Rudyard Kipling— son aquellos cuyo servicio propio es conducir". Y un pedagogo, no tan ilustre como el publicista de la brumosa Albión, pero sí delicado y sugerente como él, asevera que "todo hombre que ha recibido el don o el encargo de ejercer, por la palabra, la pluma o la acción, dominio sobre las inteligencias y las voluntades, es un jefe".

Mas para serlo plenamente, desde una cumbre de grandeza moral, es indispensable dominar a las almas no con violencia, sino por la persuasión; hacerse obedecer suavemente, no a través del mandato brusco y duro; adquirir por la suma de fascinantes cualidades que subyuguen un ascendiente capaz de modelar los actos ajenos, no únicamente en la arcilla de las circunstancias vulgares, sino en el hierro espantable y sangrante del dolor. Para ejercer esta soberanía, es insuficiente la fuerza física. Viene a mi memoria una frase que leí no sé dónde. "Lo que se conquista por el azote y por la espada, perece por la espada o por el azote". Los triunfos imperecederos se han levantado siempre sobre una piedra angular de espiritualidad.

El líder, cuya definición ha sido generalmente falseada, empobreciéndose su contenido ideal, necesita poseer ante todo un fúlgido concepto de la responsabilidad. Maneja hombres que, confiados en él, siguen la ruta que les marca, sufriendo el resultado de sus errores o de sus imprevisiones. De ahí que una ética pura haya de normar su pensamiento y actuación, debiendo ser implacablemente eliminados los que sin solvencia moral, juegan con los humanos destinos como si de cosas fútiles y despreciables se tratara.

En el hervor de la acción, es conveniente pierda un

poco de vista los detalles, para contemplar los vastos lineamientos. Seleccionados ya los colaboradores en atención a sus méritos y capacidades, encomiéndeseles la ejecución cuidadosa, sin intervenir en minucias; pues sólo así es posible conservar la libertad ideológica, la necesaria alacridad que permita las apreciaciones de conjunto. La vigilancia que sobre los subalternos recaiga no ha de ser tal que mutile su iniciativa, transformándolos en máquinas que realicen monótonamente su tarea; antes bien, prudente es concederles determinada amplitud, dejando que se muevan con relativa independencia. No basta ordenar atinadamente: es indispensable promover el surgimiento de personalidades nuevas, revelándolas al mundo y tal vez a sí mismas; es decir, hay que preparar nuevos jefes para el mañana, dándoles oportunidades para que se formen y multipliquen. Un oficial de la Guerra Europea, escribía en su diario esta nota decisiva: "Me gusta mandar soldados que gruñan, por que esto me obliga a mantenerme sobre mí mismo, y a olvidarme de mí para ocuparme de las necesidades y deseos de mis hombres". Una sujeción demasiado ceñida, esteriliza la espontaneidad en el trabajo y acaso la intrusión genial. Esto no excluye la energía, que el gran Corzo catalogaba entre las virtudes imperiales.

Todo el que aspire a una jefatura necesita audacia, valor de las responsabilidades, imaginación creadora, sentido práctico, el arte de persuadir y el de hacerse seguir. Para ello, apártese de la ancha carretera por donde va la rutina, y no tema seguir la inexplorada senda de las novedades necesarias; olvídense de sí mismo, busque el bien de los otros, y ahogando las voces del egoísmo, tienda siempre su mano en actitud fraterna; y, especialmente, no abandone jamás a los suyos. Antoine Redier, en su bello libro titulado *Le Capitaine* (ediciones Payot), escribe: "Un verdadero jefe demuestra su fuerza, ante todo, defendiendo a sus inferiores. Alma de esclavo, alma de señor. ¿Cuál va a triunfar? Si la primera, inmolará a los humildes para hacer la corte a los poderosos. Si la segunda, gobernará a sus subordinados y les defenderá, como un padre a sus hijos, hasta inmolarse por ellos".

Escollo del que debe huir el líder es la arrogancia, pues le enajena inevitablemente el afecto de cuantos le rodean. "Un verdadero jefe, dice un escritor contemporáneo, no es jamás arrogante. Al contrario, son arrogantes los descalificados, el que asciende rápidamente, los señores en disponibilidad..." Nada causa tan desfavorable impresión como la actitud petulante de quien,

colocado en la altura, quizá no tanto por merecimientos, como por su obsequiosidad con los poderosos o por caprichos del azar, se conduce inconsideradamente con sus inferiores o amigos. Semejantes equivocados deberían recordar diariamente el proloquio galo: **El hombre tiene más hambre de respeto que de pan.**

Nada tan eficaz para hacer prosélitos como la inviolable fidelidad a la palabra empeñada. Los conductores de multitudes deben ostentar un solo perfil, estableciendo un estrecho paralelismo entre sus palabras y sus hechos, haciendo que las primeras sean tan definitivas e imborrables, como los últimos. Esto, aunado a una actividad vigilante, a una voluntad indoblegable que se agigante al chocar con los obstáculos, a una abnegación que anteponga la consumación de los elevados ideales a las conveniencias mezquinas, y el consorcio indisoluble con la lealtad, constituyen algunos de los trazos imprescindibles en la silueta del jefe.

Intencionalmente he dejado para lo último una cualidad que no puede faltar: la pasión por la verdad. Este apasionamiento es asaz peligroso. Deja siempre en el rostro huellas de sufrimiento y sedimento de amarguras en el corazón. Pero sin él nada se vale, y menos si se quiere ser mentor de los demás. Expondrá, sin duda, al jefe a incontables pesares; pero ya dijimos que es la abnegación una de sus características inseparables. Habrá momentos en que por la verdad se encuentre solo; sus más adictos lo contradigan y aun sea menospreciado. Llegará la hora tremenda de las tinieblas y de las negaciones. Pero ni aún así se rinde a la áspera tristeza, porque sin la magia divina de la alegría no realizará obra perdurable, ya que el ceño adusto aleja y desalienta, y él tiene la obligación ineludible de alentar e infundir vigor a los demás. Parafraseando una sentencia, diremos axiomáticamente que **un jefe triste, es un triste jefe.**

Por fin, cuando su tarea esté concluída, cuando habiendo ofrendado energías, desvelos y ensueños en aras de un fecundo idealismo, se detenga a la vera del camino para descansar bajo la gloria melancólica del crepúsculo, prepárese a recibir la recompensa "prometida a las grandes almas: la persecución y la calumnia". Pero si en verdad nació para dominar, si es líder auténtico, si realmente está sobre los demás por la luminosidad excelsa de su espíritu, consérvese dignamente altivo, y afronte sí es necesario el sacrificio, porque todo jefe verdadero debe **saber morir.**

## GOBERNANTES

Se lee poco a los clásicos. Sin embargo, no es posible sin ellos adquirir claridad en las ideas ni cincelar elegantemente la expresión. Ejercen además, un magisterio insustituible, porque el oro de su sabiduría se abrillanta y depura con el correr de los años. Estudiemos con pasión los libros de ahora; mas también dejemos vagar amorosamente la mirada sobre las páginas amarillentas escritas por hombres que, alejados de nosotros en el tiempo, sintieron acaso nuestros mismos afanes o nuestra propia inquietud. Utilísimo y sugestivo es exhumar su pensamiento acerca de la gobernación de

los pueblos; conocer qué exigían, esperaban o pedían a los encargados de regir sus destinos; en qué forma les avisaron de engaños y peligros; cuál era su filosofía política o su inasequible idealismo.

Estamos en 1651. En una provincia de España, un profundo pensador y soberano estilista, Baltazar Gracián, confía al papel el fruto de sus meditaciones y de su experiencia. Está en el otoño de la vida. De esas páginas sutiles y un poco amargas, tomemos algo. Nos ha referido, con una bella parábola, que acaban de nombrar rey. El agraciado, seguido de compacta multi-

tud, encamínase al opulento alcázar. Antes de penetrar acércase a una fuente que se halla junto al marmóreo pórtico, y él y sus colaboradores abrevan en las aguas cristalinas y frescas. Pero el efecto de las mismas es terrible. Cedamos la palabra al clásico, para gustar la miel de sus palabras: "Toparon en la primera grada del medrar con una fuente rara, donde todos se prevenían para la gran sed de la ambición, y causaba contrarios efectos. Uno de los más notables era un olvido tan extraño de todo lo pasado, que se olvidaban de los amigos y de los conocidos de antes. Y hubo hombres tan soberbios, que borrarón de su memoria las obligaciones pasadas, los beneficios recibidos, favoreciendo hechuras nuevas y queriendo ser antes acreedores que obligados. Tanto mudan las honras las costumbres".

Ya se encuentra en el salón del trono la nueva Majestad. Gracián le aconseja vigilancia insomne y exquisita cautela. Continúa diciendo: "Pusieronle el cetro en las manos y fue tal el peso, que preguntó si era remo, temiendo más tempestades que en el Golfo de León. Era cuanto más precioso más pesado y tenía por remate, no las hojas de una flor, sino un ojo que valía por todos. Preguntó qué significaba, y el canciller le dijo: Está haciéndoo del ojo, y diciendo: Sire, ojo a Dios y a los hombres, ojo a la adulación y a la entereza, ojo a conservar la paz y acabar la guerra, ojo al premio de los unos y al apremio de los otros, ojo a los que están lejos y más a los que están cerca, ojo al rico y oreja al pobre. Mirad al cielo y a la tierra, mirad por vos y por vuestros vasallos".

Viene en seguida la designación de ministros. Abramos ahora un libro de la Edad Media, escasamente conocido: **El Consejo y Consejeros del Príncipe** de Enrique Furio Ceriel. En su página 334, se lee: "El primer juicio que se suele hacer sobre el príncipe y de su habilidad, es de la reputación de los de su Consejo; porque cuando son sabios y suficientes, siempre es reputado sabio el príncipe, pues supo entender cuáles eran los suficientes, y después conservarlos fieles y leales; pero cuando no son tales, no se puede esperar buena reputación en el príncipe, pues yerra en lo principal". ¿Entre quiénes, pues, deberán escogerse los ministros? Oigamos a Luis Vives, una de las más luminosas personificaciones del humanismo. En uno de sus **Diálogos** titulado "El Palacio", escrito en 1519, escribe: "Conviene que esos que el rey tiene por consejeros sean muy prudentes, que tengan gran experiencia de las cosas y que en deliberar sean hombres de mucha gravedad, templanza y gobierno".

Han terminado ya los nombramientos. Principian las labores arduas, fatigosas y graves. Cómo ha de considerar el gobernante los asuntos generales, nos lo dijo el autor del **Teatro Crítico Universal**, en 1751, en aquella memorable carta que un togado anciano dirige a un hijo suyo que ha sido investido de elevados poderes: "Tu bien propio lo has de considerar como ajeno, y sólo el público como propio. Ya no eres ni mío ni tuyo, sino todo del pueblo".

Entre los múltiples actos importantes que solicitan la atención del mandatario, ¿cuáles realizará primero? ¿Cómo inaugurará su administración? En 1648 muró don Diego de Saavedra Fajardo. Su experiencia de trein-

ta y cuatro años, durante los que sirvió cargos diplomáticos, intervino en política, visitó las principales Cortes de Europa, la dejó consignada en sus inmortales **Empresas**. En el capítulo LIX, página 68, edición de "La Lectura", ha estampado estas frases: "Entrar a reinar perdonando ofensas propias y castigando las ajenas es tan generosa justicia, que acredita mucho a los príncipes y les reconcilia las voluntades, como sucedió a los emperadores Vespasiano y Tito y a Carlos VII de Francia. Reconociendo esto el rey Witiza, levantó el destierro a los que su padre había condenado, y mandó quemar sus procesos, procurando con este medio asegurar la corona en sus sienes".

Pero a la vez que se emplean procedimientos generosos con los contradictores, conviene abrir francamente el corazón a la amistad sincera. Sigamos escuchando al gran político: "No ha de ser tan celoso el poder que no se fíe de otro. Temores tendrá de tirano el que viviere sin fe en sus amigos. Sin ellos sería el cetro servidumbre y no grandeza, injusto es el imperio que priva al príncipe de sus amistades. No es el cetro dorado quien lo defiende, sino la abundancia de amigos, en los cuales consiste el verdadero y seguro cetro de los reyes".

Búsquese los colaboradores entre los más aptos, prefiriéndose a los técnicos, como decimos hoy. Ya lo pensaba así Saavedra Fajardo, cuando se lamentaba en su **Empresa LV**: "Suelen los príncipes pagarse tanto de un consejero, que consultan con él todos los negocios, aunque no sean de su profesión, de donde resulta el salir erradas sus resoluciones porque los letrados no pueden aconsejar bien las cosas de la guerra, ni los soldados en las de la paz. Reconociendo esto el emperador Alejandro Severo, consultaba a cada uno en lo que había tratado".

A. de Guevara, en su claro libro **Despertador de Cortesanos**, escrito en 1539, dice: "Son tan delicadas las condiciones de los príncipes, que osaríamos decir a los que son sus familiares y privados, que con tanta verdad y tan sobre aviso hablasen al príncipe, como si él a ellos les tomase juramento".

Cúidese de la adulación el gobernante. "A más príncipes ha destruído la lisonja que la fuerza", asienta el autor de la obra **Idea de un príncipe**, siga el consejo que en 1604 daba Rivadeneyra: "Debe asimismo el príncipe, para no gravar a sus súbditos con muchos tributos y vejaciones, procurar que sus rentas se gasten fiel y limpiamente". Por último recuerde las palabras que Juan de Mariana escribía en 1598, en su libro **Del rey y de las instituciones reales**. "Podrán los reyes, exigiéndolo las circunstancias, proponer nuevas leyes, interpretar y suavizar las antiguas y suplirlas en los casos en que sean insuficientes, mas nunca transformarlas a su antojo, ni acomodarlo todo a sus caprichos e interés, sin respetar para nada las instituciones y las costumbres patrias. No debe creerse, pues, más dispensado de guardar sus leyes que el que lo estarían los individuos de todo el pueblo". Y concluye con esta frase magnífica: "Pueden más los ejemplos que las leyes".

Después de lo transcrito diré con el clásico: "La vida de un hombre, la vida sola, sin palabras, sin hechos, puede ser una política. Puede ser una política. Puede ser la más alta política. Y la más alta estética".